

Un contexto sociopolítico y económico para la obra pedagógica de Olga y Leticia...

Por Paula Caldo (CONICET-UNR)

Los nombres de Olga y de Leticia Cossettini, para la escuela argentina en general y santafesina en particular, aluden a renovación pedagógica, a escuela activa, a transformación y a aprendizaje en libertad. Sus pasos por el mundo de la educación quedaron signados por sus recurrentes cuestionamientos a la escuela tradicional-normalista. Primero desde las aulas de la Escuela Normal “Domingo de Oro”, situada en la ciudad de Rafaela, para luego extender la misión a la ciudad de Rosario, cuando Olga fue nombrada directora de la escuela “Gabriel Carrasco”, en 1935. En ese mismo año, a esta última institución educativa se le asignaría carácter experimental. De este modo, Olga en la dirección y Leticia, junto a otras docentes, desde las aulas, diseñaron los lineamientos de una nueva edición de “La Escuela Serena” santafesina, la versión rosarina que vendría a prolongar a la rafaelina. Tal proyecto mantuvo vigencia hasta el año 1944. A partir de entonces vendrían tiempos difíciles: el cuarenta y cuatro marcó el toque de queda de la escuela experimental y el cincuenta, la cesantía de ambas protagonistas. Ya separadas de sus cargos, continuaron trabajando por la educación nacional y provincial, difundiendo sus ideas en tareas de gestión y en trabajos editoriales. Asimismo, fueron atesorando, como colecciones, cada una de las huellas que sus prácticas educativas imprimieron en la historia, mismas huellas que hoy se reúnen en el *Archivo Cossettini*, pero que también se hallan desperdigadas en distintos lugares del mundo.

Los acontecimientos rápidamente narrados en el párrafo precedente nos permiten ensayar una primera periodización de los aportes pedagógicos de Olga y Leticia, en la que se reconocen dos subperíodos. El primero, con un eje de acción claramente situado en territorios *santafesinos*, comprende desde los tiempos de la formación docente hasta la cesantía, en el año 1950. Durante esta etapa, si bien escribirán algunas de sus principales obras, no se apartarán de las *aulas*. Luego, marcamos un segundo sub-período, durante el cual el eje del accionar pedagógico deja de gravitar sobre las aulas para priorizar las labores de gestión y el trabajo editorial. Con este segundo momento, nuestras maestras inician la marcha que las conducirá a trascender el trabajo estrictamente local-provincial para incursionar en otras reparticiones provinciales y nacionales. Si bien desde los comienzos estuvieron animadas por un espíritu viajero –especialmente Olga-, será en esta etapa cuando tendrán lugar sus labores en ciudades como La Plata o Buenos Aires, entre otras.

Ahora bien, estas breves páginas están motivadas por un aspecto puntual que concierne de lleno al primero de los subperíodos indicados.

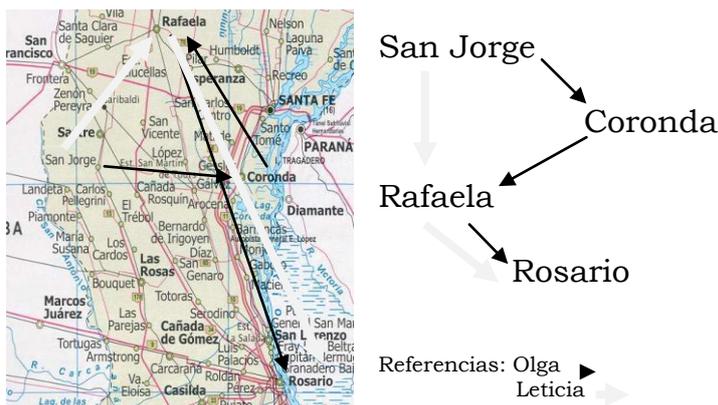
Precisamente, nos interesa delimitar los principales rasgos del contexto social, político y económico que abrazó la experiencia de formación y consolidación de Olga y Leticia como docentes. En tal sentido, tenemos que referenciar los avatares de la provincia de Santa Fe en las décadas de 1930 y 1940.

Si, observando el mapa físico de la República Argentina, fijamos nuestra vista en su punto medio para luego elevarla lentamente hacia el norte, no demoraremos en encontrar la imaginaria “bota” que representa la provincia de Santa Fe. Si bien la asociación responde a cuestiones de orden cartográfico, también podemos explotar en ella otras comparaciones de procedencia simbólica. Es decir, en la bisagra de los siglos XIX y XX, nutridos contingentes de inmigrantes provenientes de la “bota europea”, Italia, llegaron y se afincaron en Santa Fe. Entre ellos, y con una misión prescripta, arribó al país Antonio Cossettini, el padre de Olga y Leticia; un maestro que traía el encargo de desempeñarse como tal en una escuela que respondía a los lineamientos de una colonia italiana.

En la sinfonía nacional de fines del siglo XIX y comienzos del XX, la región comprendida por la provincia de Santa Fe –especialmente en sus territorios ubicados en la zona centro y sur– resultó ser una nota privilegiada del modelo agroexportador. Con sus extensiones de tierras fértiles, donde crecía el grano y el ganado, Santa Fe ofrecía a la economía nacional y mundial los tesoros de la pampa gringa. Justamente, el territorio se vio surcado por caminos de hierro destinados a conducir los productos agropecuarios a las ciudades-puerto. Estas últimas, entre las que se destacan Santa Fe y Rosario, se revelaron eje de la economía regional. Trampolines desde donde lanzar al mundo los frutos del suelo.

Sin embargo, esta unidad económica parece estallar cuando el análisis cambia de eje y aborda cuestiones políticas, sociales y culturales. Concretamente, en medio de un semillero de colonias que progresaban al ritmo del modelo agroexportador, las marcas del progreso urbano se concentraron en dos centros del sur de la provincia: la capital provincial, Santa Fe, y la llamada *ciudad fenicia*, Rosario. La primera fue el asentamiento del abuelo y del pasado colonial, y, aunque receptora de las acometidas de la modernización, por sus arterias corrían torrentes de conservadoras severidades, alimentadas con firmes principios religiosos. Muy diferente es el caso de Rosario, una ciudad “sin élite terrateniente y sin pasado ilustre”, habitada por inmigrantes que prosperaron al calor del comercio, de las profesiones liberales, de la industria y de los negocios inmobiliarios. Así, las posibilidades de movilidad social ofrecidas por Rosario parecían estar más aceitadas que en la ciudad capitalina.

Olga y Leticia fueron dos mujeres santafesinas, oriundas del municipio de San Jorge, sito en el centro-oeste de la provincia. La primera nació en 1898 y su hermana, en 1904, fechas que nos permiten contextualizar sus infancias en el marco de una sociedad que pretendía dejar al descubierto los límites del orden conservador sin jaquear los engranajes de la economía agroexportadora. En este clima, ellas se prepararon para comenzar un *viaje de formación* profesional orientado en un vector que iba desde San Jorge a Coronda y de allí a Rafaela, para culminar en Rosario.



Atesorando el capital cultural y social de su familia nuclear, Olga y Leticia continuaron la profesión de su padre, el magisterio. Con sus dieciséis años cumplidos, Olga, la hermana mayor, egresó de la Escuela Normal de Coronda, para luego ejercer como docente en distintos pueblos de la provincia -Sunchales fue el primer centro urbano santafesino que la tuvo como maestra- hasta, por fin, arribar a la ciudad de Rafaela, también conocida como “la perla del oeste”. Así, en aquella escuela, mientras Olga forjaba sus primeras herramientas en el trabajo docente, Leticia completaba sus estudios de maestra.

La experiencia acuñada en el Normal de Rafaela es crucial en la historia de nuestras maestras. Allí, entre los años 1930 y 1935, Olga, bajo la supervisión de Amanda Arias, tuvo la posibilidad de ser la directora del departamento de aplicación de dicha escuela. Cargo que le permitió materializar el mandato de quien consideraba su maestro, el italiano Lombardo Radice. Parafraseando el título del libro que Olga publicó en 1935, en Rafaela pudieron llevar a cabo el primer ensayo de “Escuela Serena” en las colonias santafesinas. Tanto Olga como Leticia permanecieron allí hasta que emigraron a la ciudad de Rosario, cuando corría el año 1935. En suelo rosarino las aguardaba el desafío de continuar con sus principios pedagógicos, esta vez en la “Escuela Carrasco”, situada en un barrio periférico de la urbe, Alberdi.

¿Qué implicancias socioculturales y políticas arrojó sobre nuestras dos mujeres-maestras la movilidad que imprimieron a sus vidas? El tránsito

fue desde las colonias agrícolas a la ciudad industrial, comercial y burguesa, sin tocar con la magia de sus principios la ciudad capital, Santa Fe. Portadoras de un apellido que, a todas luces, revelaba su ascendencia italiana, Olga y Leticia se dispusieron a triunfar en Rosario. Una ciudad que, huérfana de padres fundadores y de fecha de nacimiento, reconocía su pujanza en una arista particular dentro de la estructura de la economía capitalista agroexportadora, la propia del comercio y de la industria. Arista que sería refigurada al calor de los acontecimientos de la década de 1930. La sociabilidad y la cultura rosarinas se complacieron en las prácticas y comportamientos propios de la burguesía. Condición que lubricaba los canales de ascenso social, a su vez tensionados en la ciudad capitalina por las tradiciones patrióticas o religiosas. Es decir, en Rosario, la fortuna económica y el reconocimiento social podían llegar de la mano del éxito en los negocios, en la industria, en el comercio, en el desempeño de profesiones liberales o en la producción intelectual. En este marco, la propuesta de Olga Cossettini encontró un suelo libre de obstáculos donde germinar.

La historia de Olga y de Leticia comienza con el siglo XX. Un siglo aquejado por catástrofes económicas y políticas que pondrían en jaque a la humanidad en general. Este clima irá recrudesciendo a medida que nos aproximamos a la década de 1930, fecha en la cual las hermanas Cossettini inician la caminata en ascenso hacia la consagración en el mundo de la pedagogía. En este punto, es requisito *sine qua non* preguntarnos por las condiciones de posibilidad que acompañaron a las *dos experiencias de Escuela Serena* implementadas por Olga y Leticia en suelo santafesino. Para ello, debemos revisar lo acontecido en una década que abre y cierra con dos hecatombes de impacto general: la crisis del 1929 y la Segunda Guerra Mundial. Acontecimientos que trajeron consigo disloques económicas, masas de población sin trabajo y, por ende, hambreadas, guerras civiles, ensayos apresurados de políticas estatales intervencionistas sumadas al auge de los gobiernos totalitarios, los fascismos y, ya iniciados los años cuarenta, los populismos latinoamericanos.

Pensando ya la realidad argentina de entonces, podemos decir que, si la crisis económica del año 1929 marcó el declive del modelo agroexportador como eje de la actividad económica, los estruendos del primer golpe de estado nacional vendrían a representar la reconstrucción oligárquica. Hechos que imprimirían nuevas notas en la cultura política y en la economía de la época. En tales circunstancias, Argentina en general y los santafesinos en particular emprendieron el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Empero, en el plano político, Santa Fe se destacó por su singularidad. Esta condición excepcional es, quizás, la punta del *iceberg* que nos permitirá situar la labor educativa de las *escolanovistas* Olga y Leticia.

Recapitulemos. Mientras que, en el plano nacional, Uriburu imprimía el punto final a la tríada de gobiernos radicales y daba inicio a la primera experiencia de gobierno de facto en el país, Santa Fe, una provincia que había sido intervenida ya por la gestión radical, se preparaba para los comicios que darían la victoria, en el año 1931, al candidato del Partido Demócrata Progresista, Luciano Molinas –mismo partido con el que simpatizaba la familia Cossettini-. Gestión que se extenderá desde 1931 hasta 1935. Desafiando las tendencias políticas de la época, Molinas esbozó, como eje principal de su campaña, los postulados de la Constitución provincial de 1921. Una Carta Magna de raigambre liberal, anticatólica y democrática. Reeditar aquellos principios obligó a la nueva administración a emprender distintos proyectos que derivaron en la Constitución provincial de 1933 y en la consecuente Ley de Educación N° 2364, del año 1934. De este modo, las políticas educativas, ahora sí, recuperando el sueño decimonónico de Nicasio Oroño, operarían en clave de gratuidad, obligatoriedad, universalidad y laicidad. En esta dirección, se dispusieron las bases de una política educativa descentralizadora donde los *Consejos Escolares* operarían como piezas centrales. Estos consejos fueron investidos de atributos electivos y de una autonomía inédita. En este nuevo contexto, contarían con rentas propias y con la capacidad para generar tributos destinados a fortalecer la educación provincial, como así también para nombrar y controlar tanto a los maestros como a los funcionarios administrativos del ámbito educacional. Pero el aire reformista no solamente envolvía aspectos de raíz administrativa, sino también otros de carácter metodológico-didáctico. En este sentido, es importante destacar la importancia adjudicada a la aplicación de métodos activos para la enseñanza, como también el valor asignado a las prácticas pedagógicas de matriz estética, recreativa y deportiva. Si Santa Fe era *la nota singular* en medio de la trama sociopolítica y cultural de un país donde los rasgos democráticos y participativos eran cercenados, no resulta extraño que en esta provincia en particular, surgieran experiencias como la de Olga en la Escuela Normal “Domingo de Oro” de la ciudad del centro santafesino, Rafaela.

Sin embargo, la *feliz experiencia* de Molinas tuvo su desenlace en el año 1935, con una nueva intervención federal. Durante esta etapa pasaron por la *casa gris* tres interventores: el general Julio C. Costas, quien duró apenas cuatro días y fue seguido por dos gobernadores, ambos simpatizantes del gobierno nacional; primero, Manuel Alvarado y, a continuación, Carlos Bruchmann. El objetivo manifiesto de esta intervención era desandar los pasos logrados durante la gobernación de Molinas. Sin embargo, en materia educativa la provincia siguió siendo territorio de excepciones... Como ya dijimos, en las vísperas de la intervención del '35, Olga Cossettini es nombrada Directora de la Escuela “Gabriel Carrasco” de la ciudad de Rosario, cargo que mantendrá hasta 1950. Justamente, casi acompañando el nombramiento de la directora, dicho establecimiento educativo será

designado por el Director General de Escuelas, Dr. Pío Gandolfo, “escuela experimental”; quedando a criterio de la directora, Olga, la decisión sobre la propuesta curricular a desarrollar.

Asimismo, la labor de las hermanas Cossettini será distinguida e impulsada por el Ministro de Instrucción y Fomento Juan Mantovani, durante la gobernación del radical antipersonalista Manuel de Iriondo - 1937 a 1941-. El vínculo que une la experiencia Cossettini con el Ministro de Instrucción se construye no solamente en los meandros de lo estrictamente pedagógico sino, además, en la amistad que Olga llega a labrar con la educacionista y escritora Fryda Schultz, esposa de Mantovani. De uno y otro modo, el Ministro dirá:

“Eso es lo que ocurre en la escuela Experimental ‘Dr. Gabriel Carrasco’, instalada en el barrio Alberdi de la ciudad de Rosario. Se realiza en ella, bajo la experta dirección de Olga Cossettini, educadora de un don excepcional para la comprensión y tratamiento de los niños, un ensayo del más alto interés pedagógico. Allí se cumplen los programas de la escuela primaria común, pero se aplican una organización del trabajo escolar y procedimientos didácticos apoyados en los más hondos resortes psicológicos del niño, particularmente en la libre expresión de su quimérico mundo interior y de su fértil y animada fantasía” (Cossettini, Cossettini, 2001: 183, 184).

Es así como, mientras que en el plano de la política provincial se desandaban los pasos de la experiencia *demócrata progresista* de Luciano Molinas, Olga no sólo se fortalecía en su labor docente reformista, sino que además alcanzaba la dirección de una escuela en una de las dos ciudades más importantes de la provincia, gozando de absoluta libertad de acción en el ejercicio de su cargo. ¿Qué particularidades tenía esta urbe santafesina en aquel momento?...

Para plasmar una respuesta, nada mejor que convocar a la pluma del primer historiador que analizó sistemáticamente el pasado rosarino: Juan Alvarez, contemporáneo de Olga y Leticia. Quien, en el ocaso de los años treinta, escribe:

“El pasado rosarino muestra con claridad dos grandes períodos: con río cerrado al comercio exterior, pobreza y atraso; con río abierto, prosperidad y cultura... A partir del segundo período la función primordial asignada a Rosario en la economía argentina fue servir de puerto de ultramar a una vasta zona del territorio” (Alvarez, 1998: 15)

Caracterizando a los años treinta, el mismo historiador dirá:

“Urbe de casas bajas o de pocos pisos, aunque aquí y allá disuene algún desproporcionado rascacielos, ofrece todavía Rosario la nota amable de patios embellecidos por flores, emparrados de enredaderas desbordando sobre las tapias, grandes árboles de sombras en los centros de las manzanas, y calles asoleadas, de nítida perspectiva, limpias de esa bruma borrosa que a tantas ciudades industriales empaña. Los vecinos han cobrado afecto a su río y ahora prefieren edificar sobre la barranca, desde donde admiran el cambiante panorama de las aguas, grises, azules, bermejas, nacaradas, reflejo de los tintes del firmamento conforme van transcurriendo las horas del día. Con más de medio millón de habitantes, clima suave y suelo salubre...” (Alvarez, 1998: 520)

En la prosa de Alvarez podemos reconocer los mismos árboles, la misma barranca e idéntico río y caseríos que describe Olga para presentar Alberdi, el barrio que abraza a su escuela. Ella escribirá al respecto en su libro *El niño y su expresión* (1940):

“Nuestra escuela está ubicada en el límite de la ciudad y el campo. El ruido que nos envía la ciudad por su camino central, brazo de unión con el norte santafesino, ruido incesante de motores en marcha, nos llega amortiguado, como nos llega adormecido el paso de las dragas y lanchones que surcan el río vecino. Pero la brisa de ese río amigo, el verdor de sus barrancas, el canto de los pájaros, nos traen armonías todas las mañanas y los niños que bajan de los ranchos, de las casitas obreras y de las viviendas mejores, pueblan la escuela de bullicio hasta el sol de la tarde” (Cossettini, Cossettini, 2001: 191)

En las aulas de la señorita Olga no estudiaban los niños y las niñas de las grandes mansiones donde residían las encumbradas familias rosarinas. A esta escuela asistían aquellos pequeños y pequeñas procedentes de los suburbios, hijos de obreros, la gente trabajadora. El desafío era extender hasta los sectores populares un corpus de saberes que mixturaba los contenidos del currículum oficial con altas dosis de expresiones estéticas: la música, el canto, la pintura, la poesía. Manifestaciones que desembarcaban en la escuela por la mediación de los/as docentes, pero también de la mano de los propios artistas e intelectuales hacedores. Esto es, por aquellas aulas, inflamadas en la cultura letrada y por el gusto estético de los sectores dominantes de la ciudad, pasarán escritores, pintores, titiriteros, músicos, haciendo del currículum escolar un conjunto de experiencias estéticas.

Ahora bien, en los años treinta, Rosario es la ciudad de los inmigrantes e hijos de inmigrantes que hacen fortuna dedicándose al comercio, la industria, los negocios inmobiliarios o al ejercicio de alguna profesión...

Personajes que, lejos de enriquecerse y partir, echaron raíces en la ciudad. La crisis de 1929 golpeará duro en su situación socioeconómica. Empero, sorteados aquellos escollos, Rosario transita la década del treinta continuando la marcha de la modernización. Coartada la posibilidad de exportar, la ciudad comienza a crecer hacia adentro, la fuente de riqueza está en sus calles, en sus casas, en sus comercios...

Con la intervención federal a la provincia de 1935, Miguel Culaciati llegó a la intendencia de la ciudad de Rosario –desde noviembre de 1935 a enero de 1938-. Pese a ser convocado por el Poder Ejecutivo Nacional para resolver una agenda de problemas claramente enunciada, Culaciati no demoró en involucrarse en los problemas de la ciudad y, de ese modo, plasmó planes y proyectos, no solo para resolver los conflictos urbanos, sino que también procuró acercarse a las comisiones vecinales para trabajar al unísono con éstas. Al tiempo que las negociaciones iban dando sus frutos, desde la intendencia comenzaron a ensayarse proyectos de embellecimiento urbano que dejaron sus marcas en la estética de la ciudad.

La cultura se fortalece, germinando en diversos espacios. El Círculo, singular asociación cultural rosarina, extenderá sus tentáculos por una ciudad que se despertaba de la crisis económica del año 30 y auspiciaba, por ejemplo, la inauguración oficial del Museo Municipal de Bellas Artes Juan B. Castagnino (1937). Institución que albergará la muestra de acuarelas realizada por los niños y las niñas de la señorita Olga en el año 1939. Asimismo, museos y teatros, como también el cine y la radio, serán los espacios a través de los cuales los rosarinos y las rosarinas vivirán experiencias estéticas concretas. Tales vivencias, lejos de estar caracterizadas por tendencias nacidas en el terruño, se distinguieron por la mezcla de aportes absorbidos en el contexto nacional y mundial.

Mientras el progreso bullía en el interior de Rosario, los alumnos y las alumnas de Olga pintaban acuarelas, hacían oír sus voces en el coro de pájaros, conmovían al barrio con sus misiones pedagógicas, miraban el mundo desde los marquitos de cartón que confeccionaban en la escuela... Fueron tiempos durante los cuales las docentes a cargo guiaron el aprendizaje de los educandos a partir del respeto hacia la sensibilidad y la creatividad de los pequeños... Sin embargo, impulsar un proyecto educativo que explotaba el potencial creativo y expresivo de los educandos en una sociedad cuyas arterias de participación se veían progresivamente coartadas, era como ensayar la crónica de una muerte anunciada...

Cuando los historiadores analizan las particularidades de su trabajo, nos cuentan que quienes investigan problemáticas vinculadas con el pasado siempre conocen el final de la historia, incluso antes de saber

sobre los comienzos...; y estas páginas no resultan ser una excepción. De conocimiento público es que Olga y Leticia fueron cesanteadas de sus cargos en el año 1950. Hecho que, lejos de ser sorpresivo, vino a ser el último eslabón de una serie de embestidas que el proyecto pedagógico desempeñado por ellas sufrió a partir del año 1944. Que en el cuarenta y cuatro la escuela de Olga perdiera carácter experimental, más que una disposición azarosa, fue producto del enrarecimiento del clima de político que se respiraba en el país. El golpe de estado nacional de 1943 impactaría plenamente en las políticas educativas provinciales. Los nuevos encargados de administrar la educación comenzarían una tarea tendiente a quitar todo atisbo liberal de las prácticas pedagógicas – hasta en sus simbologías más palpables, los retratos de Sarmiento- a los efectos de retornar la educación a los cauces religiosos. En este contexto la experiencia que las hermanas Cossettini venían desplegando comenzó a ser erosionada. Era el principio del fin, puesto que faltaba aún la llegada de Perón al gobierno nacional y su consecuente efecto en las políticas provinciales. Acontecimiento que asestaría el golpe de gracia a la escuela de la señorita Olga. Después de mucho batallar, la cesantía apartó a Olga y a Leticia de las aulas en 1950.

Sin embargo, nuestras maestras no se rindieron, mudaron sus esperanzas, fortalezas y sueños a otras áreas del hacer y del acontecer educativo. En tareas de gestión, editoriales o de investigación, Olga y Leticia, hasta el ocaso de sus vidas, siguieron luchando por la educación.

Para saber más

Sobre historia de Rosario y de Santa Fe del período

Alvarez, Juan (1998) *Historia de Rosario (1689-1939)*, UNR Editora, Rosario.

Falcón, Ricardo, Stanley, Miriam, Directores (2001) *Historia de Rosario*, Tomo I, Homosapiens Ediciones, Rosario.

Fernández, Sandra (2006) *Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930)*, en Barriera, Darío, Dir., *Nueva Historia de Santa Fe*, Tomo VII, Prohistoria Ediciones y Diario La Capital, Rosario.

Pla, Alberto, Coordinador (2000) *Rosario en la historia (de 1930 a nuestros días)*, Tomo I, UNR Editora, Rosario.

Roldán, Diego (2006) *La sociedad en movimiento. Expresiones culturales, sociales y deportivas (Siglo XX)*, en Barriera, Darío, Dir., *Nueva Historia de Santa Fe*, Tomo IX, Prohistoria Ediciones y Diario La Capital, Rosario.

Videla, Oscar (2006) *El Siglo Veinte. Problemas sociales, políticas de Estado y economías regionales (1912-1976)*, en Barrera, Darío, Dir., *Nueva Historia de Santa Fe*, Tomo IX, Prohistoria Ediciones y Diario La Capital, Rosario.

Sobre cómo los/as pedagogos/as tratan la experiencia Cossettini

Carli, Sandra (2003) *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*; Miño y Dávila; Buenos Aires.

Colotta, Pablo (2002) “Escritura y poder en la Escuela Nueva Argentina”; en Cucuzza, Héctor, director, Pineau, Pablo, Codirector *Para una historia de la enseñanza de la lectura y escritura en Argentina. Del catecismo colonial a La razón de mi vida*; Miño y Dávila; Buenos Aires.

Cossettini, Olga, Cossettini, Leticia (2001) *Obras completas*; Ediciones AMSAFE; Rosario.

Menin, Ovide; “El ensayo de Escuela Nueva realizado por las hermanas Cossettini en la República Argentina” (mimeo).

Ossana, Edgardo, et. al. (1993) “Una aproximación a la educación santafesina”; en Puiggrós, Adriana; *Historia de la educación en la Argentina. La educación en las Provincias y Territorios Nacionales (1885-1945)*, Tomo IV, Editorial Galerna, Buenos Aires.

Pelanda, Marcela (2000); *La escuela activa en Rosario. La experiencia de Olga Cossettini*; Irice Editora; Rosario.